

Hay que orar siempre

Somos “conversables”. Usamos la palabra, los signos, los símbolos. Nos gusta la juntanza, estar juntos. El Diccionario de Corominas define que “conversar es vivir en compañía”. Incluso Santa Teresa deseaba que sus monjas “mientras más santas, más conversables”. Es decir, más tratables, sociables, comunicables. Hoy se nos ha vuelto esquiva esta comunicación.

La palabra la hemos convertido en ruido, bulla, palabrería. Las palabras han perdido su densidad. El arte de la comunicación ya no logra sus objetivos. Parecemos robots, maniqués, marionetas. Nos vamos quedando solos, aislados. Y terminamos sordos. Se nos olvidaron las reglas mínimas de una urbanidad que nos hizo gente, “conversables”, comunales. Urge reivindicar la comunicación, la palabra.

Toda buena conversación exige un hábitat propio: Espacio, silencio, escucha, mirada, atención. Orar es exactamente eso: Un encuentro, palabras o silencios prolongados, afecto licuado en ensueños y gozos, apertura del corazón, intimidad. Para lograrlo hay que aprender el arte de caminar hacia dentro. Lo buscamos a Él por fuera y, no lo sabíamos, está dentro. Allí el Señor te espera.

Hay tres verbos para llegar a entender mejor la oración: Pedir, buscar, llamar. ¿Y qué pedimos? El Espíritu Santo. ¿Qué buscamos? “Tu rostro buscaré Señor”. ¿Y a quién llamamos? Usamos toquecitos en las puertas para llamar. Pues, toca al corazón de Cristo para disfrutar del encuentro más profundo, gratificante y apasionante de tu vida. Entonces, hay que orar y, mucho para que tu vida tenga sentido, calor y plenitud.

Cochabamba 24.07.22

jesús e. osorno g. mxy

jesus.osornog@gmail.com